

que el ejemplo de Floro movió á algunos de aquellos Señores, unos á que renunciassen el mundo y su esclavitud, por seguir la milicia de Cristo, otros á entregar sus hijos á san Mauro, para que los criase en el servicio de Dios; y cada dia veía Theodoberto faltar de su corte, yá uno, yá otro de sus gentiles hombres y caballeros, que corrian al monasterio, donde habian dejado el corazon, á tomar el hábito de la religion. Vivió Floro otros doce años en perfecta observancia, ayunos, vigili-
 as y humillaciones, acordandose siempre de las palabras del rey, que debia servir con tanto empeño y solicitud al rey del cielo, con quanto habia servido y militado por un rey de la tierra.

Lease á Tomás de Kempis, lib. 3. cap. 1. De las hablas interiores de Cristo al alma fiel.

VERDADES ETERNAS,

EXPLICADAS EN LECCIONES

ordenadas principalmente para los dias de los Ejercicios Espirituales.

TOMO SEGUNDO.

LECCION NOVENA.

DE LA ENCARNACION Y NACIMIENTO DE JESUCRISTO.

EN el sacratísimo Misterio de la Encarnacion, hizo Dios una general de mostracion de sus divinas perfecciones, por levantar todos los entendimientos á admirar su grandeza, y arrebatat todos los corazones á amar su Bondad; porque quien no admira la infinita bondad, con que Dios, no contento con haber dado al hombre tantas bellas criaturas, quiso tambien dársele á sí mismo, uniendo la naturaleza Divina con la humana, bajando Dios á ser hombre, y ensalzando al hombre á ser Dios. ¡Quién no amará la benéfica Om-

mipotencia en el unir extremos tan contrarios, cuales son el Verbo Eterno, y la carne mortal, comunicándole á esta los dotes Divinos, y participando aquel de las humanas miserias? ¿Quién no bendecirá la divina Sabiduría, que supo hallar recompensa tan oportuna para satisfacer á Dios ofendido, y remediar al pobre pecador que le ofendió? De otra suerte, el mal era irremediable; pues por una parte no era razon que Dios fuese ultrajado de los pecadores con tantas injurias, y no se le diese satisfaccion por ellas; por otra parte, ninguna criatura podia dar satisfaccion proporcionada á la gravedad de las ofensas de Dios.

Por tanto, la causa del género humano era siempre perdida; ni podia el hombre hacer otra cosa, que despues de una vida, pasada en todos los males de culpa, caer en una muerte perpetua de todos los males de pena; si Dios no ponía tal remedio á una perdicion tan inevitable, uniendo la naturaleza Divina con la humana, para que como hombre pudiese padecer; como Dios, pudiese dar valor infinito á sus obras, y así viniese á satisfacer por todos los pecados, y á librar al hombre de todos los suplicios. Así se ajustaron y concordaron en la Encarnacion, la Justicia y la Misericordia; porque la Justicia quedó pagada en todo rigor de cuanto podia pretender por las ofensas de la divina Magestad, recibiendo de un Hombre Dios aquella satisfaccion, que no le podia dar ninguna pura criatura. Tambien la Misericordia ejerció sus amorosísimas finezas, compadeciendose de las miserias de sus enemigos, y librandose del último infortunio, en que yacia, sin esperanza de remedio.

Pero lo que mas campéa en el Misterio de la

Encarnacion, es el Amor Divino, como dice el discípulo amado: *Sic Deus dilexit Mundum, ut Filium suum Unigenitum daret.* Tanto, y con tanto extremo amó Dios al mundo, que le dió su Unigénito Hijo, para que le redimiese.

Considerese quién es Dios, y quién es el hombre. Aquella hermosura y bondad infinita, aquella Magestad inmensa, aquel Señor Todopoderoso, aquel Rey Universal de cielo y tierra, se abate por el hombre á hacerse como él. Y ¿qué cosa es ahora el hombre, en comparacion de Dios? Un gusanillo de la tierra, respecto de un Monarca de todo el mundo; un grano de arena, comparado con la vastísima circunferencia del cielo; una gota de rocío, á vista del inmenso mar. ¿Qué es el hombre respecto del ángel? ¿Qué son todos los ángeles comparados con Dios? Con todo eso, se humilla Dios tanto, que se une á una naturaleza tan vil, que toma, no solo la imágen, sino la substancia humana. Si nos dijeran, que un serafin habia tomado la forma de un gusanillo, quedaríamos maravillados y suspensos del fin de tal accion; y si se dijera, que el fin de ejecutarla fué porque no perecieran otros gusanillos, sino que se trocasen en serafines, con razon quedaríamos mas atónitos al ver, que una naturaleza tan sublime y elevada, se hubiese humillado tanto, por levantar á tan grande altura una cosa tan vil, y que tan poco le importaba. Ahora menos infinitamente es el hombre respecto de Dios; y menos infinitamente importaba el bien del hombre, á la felicidad de Dios.

Pues ¿cómo la Magestad y grandeza de Dios se ha dejado persuadir á estrechar consigo la bajeza del hombre para levantarle á la Divinidad,

y hacerle partícipe de su Naturaleza, y como otro Dios! El amor fué quien obró este prodigio: el amor ejecutó esta obra, digna de la divina Bondad, cuanto mas parece agena é indigna de la divina Grandeza. Por eso exclama san Bernardo: (SERM. 64. IN CANTIC.) *O suavissimam vim Amoris! Ita ne summus omnium unus factus est omnium? Qui hoc fecit! Amor, dignitatis nescius, dignatione dives, suasu, efficax.*

¡O suavísima violencia del amor! ¿De esta suerte el Sumo y mas Soberano de todos, y sobre todos, se ha hecho uno de todos, y adocenado con todos? ¿Quién hizo tal exceso? ¿Quién obró tan extraña y tan admirable mudanza? El amor, olvidado de su dignidad, rico de dignacion y benignidad, eficaz en su persuasiva. Pues si el amor de Dios para con el hombre ha tenido tanta eficacia en persuadirle, que le obligó á ejecutar de hecho cuanto nosotros nunca pudieramos haber imaginado, ni concebido en nuestro pensamiento: ¿cómo la correspondencia de nuestro amor no debe derretirse en afectos á un amante tan fino, y abrasearse en deseos de servir á un Dios tan bueno? ¿Cómo podremos no amar á aquella eterna é infinita Bondad, que sin tener necesidad de nosotros, por sola su misericordia, por un medio tan costoso, solicitó nuestro remedio? ¿Qué bebedizos, ó qué encantamientos pueden hallarse tan eficaces para despertar nuestro amor, como ver, que somos amados, y tan tiernamente amados del Rey de la gloria, que bajó del cielo á la tierra, para que nosotros subamos de la tierra al cielo?

Las historias romanas ensalzan hasta las estrellas, como una pœza incomparable de amor, la accion generosa de un esclavo, el cual, sabien-

do que venian algunos enemigos con las espadas desnudas á matar á su señor Urbino, se puso los vestidos de su amo; y fingiendose que era él, les salió al encuentro, para recibir en su pecho las heridas, que habian de dar á su Señor.

A vista de esta accion, quedó atónita Roma; y Urbino, para perpetua memoria, y agradecimiento de tan cordial amor, erigió un sepulcro real y ostentoso á su esclavo, tan finamente amante: *Dedit Regium sepulchrum amantissimo mancipio.* (VALER. MAX.) Pues si aquel esclavo mereció tanta estimacion y tanto agradecimiento por haberse puesto los vestidos de su señor, á fin de morir por él: ¿qué afecto, qué agradecimiento no merecerá el Señor del cielo y de la tierra, que se viste la librea de esclavo para poder trabajar y morir por el esclavo? Allá el esclavo, con aquel prodigio de amor, se ensalzó y engrandeció á sí mismo, vistiendo la figura de señor, y dió su abatida y miserable vida por un personaje tanto mayor que él, de quien habia recibido muchos beneficios. Acá el Señor, con este exceso de caridad, se abatió á sí mismo, tomando la naturaleza del esclavo, y dió su vida divina por un sujeto infinitamente menor que él, de quien solo habia recibido ingratitudes, ofensas é injurias.

Y aquí se abre un mayor campo para descubrir la inmensidad del Amor divino; hacerse Dios hombre, cuando la naturaleza humana estuviese entera y perfecta, no tocada aun de un lunar de culpa, sino dorada de todas las virtudes, sería un exceso de benevolencia, digno de causar embidia á los serafines. Si el criador hubiera bajado á tanta humildad, por remediar al hombre, que por-

tandose con Dios, á ley de fidelísimo siervo, hubiese caído en miserable estado por la honra de Dios; todavia seria excesiva recompensa á los servicios del hombre. Mas que estando la naturaleza humana depravada y corrompida, abominable y llena de manchas de pecados, se moviese Dios á tanta compasion de ella. ¡Que Dios tanto se humillase por hacer bien al hombre rebelde y traidor, al mismo tiempo en que el hombre proseguia á ultrajarle mas con injurias y ofensas! ¡Esto sí que traspasa todos los términos de amor! Esta es caridad propísima de Dios, que á tanta costa suya quiso hacer tanto bien, á quien contra él hacia tanto mal. Ahora, si Dios nos ha amado y favorecido tanto, siendo sus enemigos y malhechores; ¿cómo, y por qué no amaremos nosotros á Dios, tan amante y bienhechor nuestro? ¿Qué mayor impiedad, que tener osadía para alejarse de Dios por el pecado, cuando Dios tiene afecto y corazon para unirse con el hombre con tal estrechéz de cariño? Confundase una vez el hombre de verse tan favorecido y beneficiado de su Señor, y haber vivido hasta ahora tan desconocido: procure en adelante ser tanto de Dios, que ya no sea de criatura alguna, ni aun de sí mismo. Diga resueltamente con S. Agustin: Concédeme, Señor y Dios mio, que de tal manera yo me transforme en tí, que no me quede mas corazon, que para amarte; ni mas espíritu que para servirte. Muera en mí todo amor propio, todo afecto á las criaturas; de suerte, que no haya en mí mas amor, que corresponder amando á quien con tanta ternura me ha amado.

Pero si parece grande el Amor Divino en abastirse á la naturaleza humana, parecerá sin duda

mayor, si se mira el ensalzamiento y grandeza de subir al hombre y la Alteza Divina. Ya se lee, que el rey san Luis y san Eduardo, se humillaron y abatieron hasta servir y abrazar á los mendigos y leprosos; pero no se hallará rey ninguno, que haya colocado un leproso en su trono real, ni puesto en la cabeza á un mendigo su diadema. Este extremo de piadosísimo amor fué singular en Dios, que al hombre caído en tantas miserias, y lleno de la lepra de tantas culpas, le levantó al trono de su Magestad, y á la corona de su gloria, como dice el Profeta: *Suscitat de pulvere egenum, et de stercore erigit pauperem, ut sedeat cum Principibus, et solium glorie teneat.* (1. REG. 2.) Ni solamente le elevó á la dignidad de los príncipes de su reino, igual á los querubines y serafines, sino hasta sobreponer la naturaleza humana á la angélica, deificandola con la union hipostática, y entrandola en la divina gloria sobre todas las gerarquias celestiales. De aquí, ¿quién podrá jamás concebir qué honra incomparable resulta al linage humano, y con cuanta razon puede decirse, que los hombres han emparentado con Dios en un modo singular, como hijos del Altísimo y hermanos de Jesucristo? Recouozcan, pues, los hombres la dignidad de su naturaleza, y la obligacion grande en que están de amar á Dios.

Quando Atenaide, pobre y abandonada doncella, se vió elevada del emperador Teodosio al desposorio y corona imperial, se dijo á sí misma: *Concipe amorem debitum Imperatori, et mores dignos imperio.* Así debe aprender el cristiano á amar á su Dios, y respetarse á sí mismo. Avergüenese ya de cometer accion indigna de su espi-

ritual nacimiento. y de manchar el esplendor de su sangre con vileza de culpa: *Agnosce ¡o christiane! dignitatem tuam*, (amonesta gravemente S. Leon) (SERM. 1. DE NAT.) *et divinae consors factus naturae noli in veterem vilitatem degeneri conversatione redire*. Tales son los prodigios, éstas las finezas del Divino Amor en la Encarnacion: Misterio, que obliga tanto al hombre á correspondencia de afecto, que S. Agustin, apareciendose á santa Maria Magdalena de Pazis, para encenderla toda en ardentisimas llamas de amor á Dios, no quiso hacer otra cosa, ni valerse de otro medio, que escribirle con letras de oro sobre el corazon estas palabras: *Verbum caro factum est*, juzgando que esto solo bastaba para que se abrasase toda en amor divino.

§. II.

ADMIRABLE NACIMIENTO DE CRISTO.

No menos está lleno de prodigios de caridad el nacimiento del Salvador, en que su primera venida al mundo lo ostenta piisimo amante de los hombres. Bien podia él venir con comodidades y fausto ostentoso, en el medio dia solemnissimo, escoger un palacio magnifico, ser reclinado en una preciosisima cuna, recostar sus tiernos miembros sobre delicadissimos lienzos y sedas, y con esto habria dado clarissimos argumentos de su amor; porque todas las cosas, por grandes que parezcan, son muy inferiores á la Magestad de un Dios humanado. Mas no quedaba satisfecho el infinito amor de Jesus, si no llegaba á los últimos excesos. Sabia, que un grande amor suele darse á

ver humilde y sufrido; y ¡qué humildad escogió? Un establo por palacio, un pesebre por cuna, he, no por cama, unos viles animales por cortesanos.

Quién no se siente enternecer al oír aquellas palabras del Evangelio: *In propria venit, et sui eum non receperunt?* Vino á su propia casa, y los suyos no le recibieron; y así se vió obligado á mendigar el alvergue de las bestias, cuando se le negaban descorteses los hombres. ¡O qué prodigio de abatimiento! Se admira como un exceso de humildad el que ejecutó san Alejo, jóven nobilissimo, que se vino desconocido á su propia casa á pedir á sus padres un rincon pobre donde recogerse, y en un aposentillo mal acomodado de su palacio recibió por tantos años un poco de pan que le daban de limosna sus criados. Si esta poeza, hecha de un hombre por amor de Dios, fué de tan grande asombro; ¡qué será una tanto mayor, ejecutada por Dios por amor del hombre? ¡O qué pasmo, que entre Dios en el mundo su casa, y no halle otro lugar, que un vilissimo establo, y le sea necesario recurrir á la piedad de unos brutos, que le templen con su aliento el rigor del frio, en lugar de los serafines, que le encienden con amorosas llamas el Trono!

Otra propiedad del amor es padecer con gusto. Por eso el amor de Jesus no quiso aguardar á hacer pruebas de su fineza allá á lo último de la vida, muriendo en una cruz, anegado en un mar de tormentos; quiso desde el principio dar muestra, naciendo entre mil asperezas en el pesebre. Así, para padecer mas desde su primera entrada, escogió el invierno, estacion la mas incómoda del año: y del año y del invierno